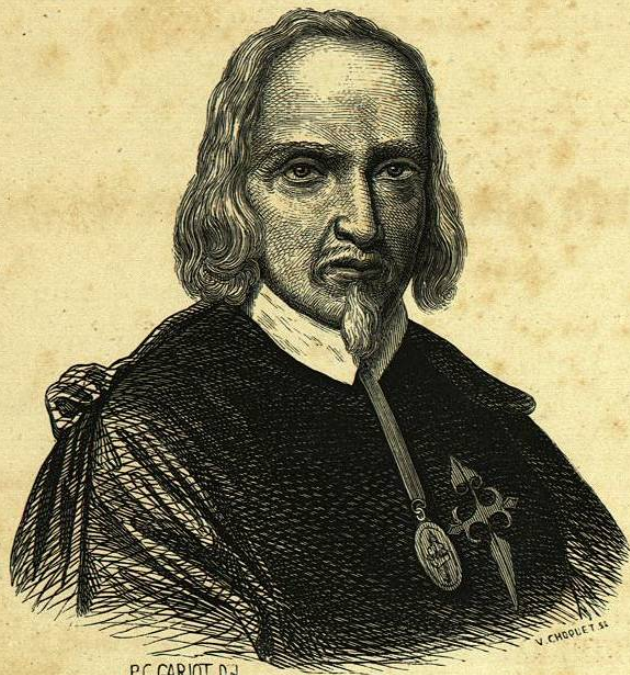


TEATRO ESCOGIDO DE CALDERON DE LA BARCA.



P.C. GARIOT D.J.

IMP. J. CLAYE.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, HENAO Y RIAÑO.

TEATRO ESCOJIDO

DE

CALDERON DE LA BARCA

I

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS.

EL REY DON SEBASTIAN.
DON LOPE DE ALMEIDA.
DON JUAN DE SILVA.
DON LUIS DE BENAVIDES.

DON BERNARDINO, Viejo.
EL DUQUE DE BERGANZA.
DONA LEONOR, dama.
SIRENA, criada.

MANRIQUE, criado.
CELIO, criado.
UN BARQUERO.
ACOMPAÑAMIENTO.—SOLDADOS.

La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Vista exterior de una Quinta del Rey.

SALEN EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA, MANRIQUE, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Lop. Otra vez, gran señor, os he pedido
Esta licencia, y otra habeis tenido
Por bien mi casamiento;
Mas yo, que siempre á tanta luz atento
Vivo en vuestro semblante, vengo á daros
Cuenta de mi eleccion, y á suplicaros,
Que en vuestra gracia pueda
Colgar las armas, y que Marte ceda
A amor la gloria, cuando en paz reciba,
En vez de alto laurel, sagrada oliva.
Yo os he servido, y solamente espero
Esta merced por galardón postrero;
Pues con esta licencia venturosa
Hoy saldré á recibir mi amada esposa.
Rey. Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,
Y me alegro de vuestro casamiento;
Y á no estar ocupado
En la guerra, que en Africa he intentado,
Fuera vuestro padrino.

Lop. Eterno dure ese laurel divino,
Que tus sienas corona.
Rey. Estimo en mucho yo vuestra persona.
(Vase el rey y acompañamiento.)
Manr. Contento estás.
Lop. Mal supiera
La dicha y la gloria mia
Disimular su alegría.
Felice yo, si pudiera
Volar hoy.
Manr. Al viento iguales.
Lop. Poco aprovecha; que el viento
Es perezoso elemento.
Dírame el amor sus alas,
Volára abrasado y ciego;
Pues quien al viento se entrega,
Olas de viento navega,
Y las de amor son de fuego.
Manr. Para que desengañarme
Pueda, creyendo que tienes
Causa, dime á lo que vienes
Con tanta prisa.
Lop. A casarme.
Manr. ¿Y no miras, que es error,
Digno de que al mundo asombre,
Que vaya á casarse un hombre
Con tanta prisa, señor?
Si hoy, que te vas á casar,
Del mismo viento te quejas,

¿Qué dejas que hacer, qué dejas,
Cuando vayas á enviudar?

SALE DON JUAN DE SILVA EN TRAGE POBRE.

Juan. ¡Cuán diferente pensé (Aparte.)

Volver á tí, patria mia,
Aquel infelice dia,
Que tus umbrales dejé!
¿Quién no te hubiera pisado!
Pues siempre mejor ha sido,
Adonde no es conocido
Vivir el que es desdichado. —
Gente hay aquí, no es razon
Verme en el mal que me veo.

Lop. ¡Aguárdate! No lo creo,
¿Si es verdad? ¿si es ilusion?
¿Don Juan?

Juan. ¿Don Lope?

Lop. Dudoso

De tanta dicha, mis brazos
Han suspendido sus lazos.

Juan. Deteneos; que es forzoso,
Que me defienda de quien
Tanto honor y valor tiene;
Que hombre, que tan pobre viene,
Don Lope amigo, no es bien
Que toque (; o suerte importuna!)
Pecho de riquezas lleno.

Lop. Vuestras razones condeno,
Porque si da la fortuna
Humanos bienes del suelo,
El cielo un amigo da,
Como vos; ved lo que va
Desde la fortuna al cielo.

Juan. Aunque haceis, que aliento cobre,
En mí mayor mal está;
Mirad cuan grande será
Mal, que es mayor que ser pobre.
Y porque mi sentimiento
Algun alivio prevenga,
Si es posible que le tenga,
Escuchad, Don Lope, atento.
A la conquista famosa
De la India, que eligió
Para su tumba la noche,
Y para su cuna el sol,
Amigos, y tan amigos
Pasamos juntos los dos,
Que asistieron en dos cuerpos
Un alma y un corazón.
No codicia de riqueza,
Sino codicia de honor,
Obligó nuestros deseos
A tan atrevida accion,
Como tocar con bajeles
La provincia, que ignoró
Por tantos años la ciencia,
Nunca creida hasta hoy.
La nobleza lusitana
De su fortuna fió
Naves, que ciertas esceden
Las fingidas de Jason.
Dejo esta alabanza á quien
Pueda con mas dulce voz
Contar los famosos hechos
Desta invencible nacion;
Porque el gran Luis de Camoens,
Escribiendo lo que obró
Con pluma y espada, muestra
Ya el ingenio, y ya el valor
En esta parte. Despues,

Don Lope invicto, que vos,
Por muerte de vuestro padre,
Volvisteis, me quedé yo:
Bien sabeis con cuanta fama
De amigos y de opinion,
Que, ahora perdidos, hacen
El sentimiento mayor;
Pero en efecto es consuelo:
Ved si desgraciado soy,
Que nunca le dí, mal quisto,
A la fortuna ocasion.
Habia en Goa una señora,
Hija de un hombre, á quien dió
Grande cantidad de hacienda,
Codicia y contratacion.
Era hermosa, era discreta;
Que, aunque enemigas las dos,
En ella hicieron las paces
Hermosura y discrecion.
Servila tan venturoso,
Que merecí algun favor;
¿Pero quién ganó al principio,
Que á la postre no perdió?
¿Quién fué ántes tan felice,
Que despues no declinó?
Porque son muy parecidos
Juego, fortuna y amor.
Don Manuel de Sosa, un hombre
(Hijo del gobernador
Manuel de Sosa) por sí
De mucha resolucion,
Muy valiente, muy cortés,
Bizarro y cuerdo, (que yo,
Aunque le quitó la vida,
No he de quitarle el honor,)
De Violante enamorado,
(Que este es el nombre, que dió
Ocasion á mi ventura,
Y á mi desdicha ocasion)
En Goa públicamente
Era mi competidor.
Poco cuidado me daba
Su amorosa pretenston;
Porque siendo, como era,
El favorecido yo,
La pena del despreciado
Hizo mi dicha mayor.
Un dia, que el sol hermoso
Saliera, (¡pluguiera á Dios,
Sepultára eterna noche
Su continuo resplandor!)
Salió con el sol Violante;
Bastaba pedirle yo,
Que aun el uno no saliera,
Para que salieran dos.
De criados rodeada,
A la marina llegó,
Donde estaba mucha gente;
Porque en aquella ocasion
Habia llegado una nave
Al puerto, y su admiracion
Dió causa á aqueste concurso,
Y á mi desdicha la dió.
Estábamos en un corro
De mucha gente los dos,
Todos soldados y amigos,
Cuando á la vista pasó
Violante. Iba tan airosa,
Que allí ninguno dejó
De poner el alma en ella;
Porque su planta veloz
Era el móvil, que llevaba



Dudoso
De tanta dicha, mis brazos
Han suspendido sus lazos.

A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA. — Jornada 1a.

Tras si la imaginacion.
Dijo un capitan : « ¡ Qué bella
Muger! » A quien respondió
Don Manuel : « Y como tal
Ha sido la condicion. »
« Será cruel. » « No por eso
Lo digo (le replicó)
Sino por ver, que ha escojido,
Como hermosa, lo peor. »
Yo entonces dije : « Ninguno
Sus favores mereció,
Porque no hay quien los merezca,
Y si hay alguno, soy yo. »
« Mentís, » dijo. — Aquí no puedo
Proseguir, porque la voz
Muda la lengua turbada,
Frio el cuerpo, el corazon
Palpitante, los sentidos
Muertos, y vivo el dolor,
Quedan repitiendo aquella
Afrenta. ¡ O tirano error
De los hombres! ¡ o vil ley
Del mundo! ¡ que una razon,
O que una sinrazon pueda
Manchar el altivo honor,
Tantos años adquirido!
¡ Y que la antigua opinion
De honrado quede postrada
A lo fácil de una voz!
¡ Que el honor, siendo un diamante,
Pueda un frágil soplo (¡ ay Dios!)
Abrasarle y consumirle!
¡ Y que siendo su esplendor
Mas que el sol puro, un aliento
Sirva de nube á este sol!
Mucho del caso me aparto,
Llevado de la pasion;
Perdonad, vuelvo al suceso.
Apénas él pronunció
Tales razones, Don Lope,
Cuando mi espada veloz
Pasó de la vaina al pecho,
Tal, que á todos pareció,
Que imitaron trueno y rayo
Juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre,
Muerto en la arena cayó,
Cuando para mi defensa
Tomé una iglesia, á quien dió
En aquel sitio lugar
La sagrada religion
De Francisco; que, por ser
Su padre el gobernador,
Me fué forzoso esconderme,
Con tanto asombro y temor,
Que tres dias un sepulcro
Habité vivo. ¿ Quién vió,
Que siendo el contrario el muerto,
Fuese el sepultado yo?
Al cabo de los tres dias,
Por amistad y favor,
El capitan de la nave,
Que á nuestro puerto llegó,
Y que á Lisboa venia,
En ella me recibió
Una noche, cuyo manto
Fué de mi vida ocasion.
En esta nave escondido
Estuve, hasta que el veloz
Mónstruo del viento y del agua
Los piélagos dividió
De Neptuno. ¡ Injusto engaño

De la vida! O su pasion,
No dé por infame al hombre,
Que sufre su deshonor,
O le dé por disculpado,
Si se venga; que es error
Dar á la afrenta castigo,
Y no al castigo perdon.
Hoy he llegado á Lisboa,
Adonde tan pobre estoy,
Que no osaba entrar en ella.
Estas mis fortunas son,
Ya no tristes, sino alegres,
Pues me dieron ocasion
De llegar á vuestros brazos.
Estos mil veces os doy,
Si un hombre tan infelice
Puede merecer de vos,
O gran Don Lope de Almeida,
Tal merced, honra y favor.
Lop. Atentamente escuché,
Don Juan de Silva, las quejas,
Que en lágrimas anegadas
Dais desde el pecho á la lengua,
Y atentamente he pensado,
Que no hay opinion que pueda,
Por mas sutil que discurra,
Tener dudosa la vuestra.
¿ Quién, en naciendo no vive
Sujeto á las inclemencias
Del tiempo y de la fortuna?
¿ Quién se libra, quién se escepta
De una intencion mal segura?
¿ De un pecho doble, que alienta
La ponzoña de una mano,
Y el veneno de una lengua?
¡ Ninguno! Solo dichoso
Puede llamarse el que deja,
Como vos, limpio su honor,
Y castigada su ofensa.
Honrado estais; negras sombras
No deslustren, no oscurezcan
Vuestro honor antiguo; y hoy
En nuestra amistad se vea
La virtud de aquellas plantas,
Tan conformemente opuestas,
Que una con calor consume,
Y otra con frialdad penetra;
Siendo veneno las dos,
Y estando juntas, se templan
De suerte, que son entónces
Salud mas segura y cierta.
Vos estais triste, yo alegre;
Partamos la diferencia
Entre los dos, y templando
El contento y la tristeza,
Queden en igual balanza
Mi alegria, y vuestra pena,
Mi gusto, y vuestro dolor,
Mi ventura, y vuestra queja,
Porque el pesar ó el placer
Matar á ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
Por poder, con la mas bella
Muger... (mas para ser propia,
Es lo menos la belleza.)
Con la mas noble, mas rica,
Mas virtuosa y mas cuerda,
Que pudo en el pensamiento
Hacer dibujos la idea.
Doña Leonor de Mendoza
Es su nombre, y hoy con ella
Don Bernardino, mi tio,

Llegará á Aldea Gallega,
Donde salgo á recibirla
Con tan venturosas muestras,
Como veis; y un bello barco
Tan venturoso la espera,
Que juzga por perezosas
Hoy del tiempo las ligeras
Alas; porque el bien, que tarda,
No llega bien cuando llega.
Esta es mi dicha mayor,
Por ver cuanto la acrecienta
Vuestra venida, Don Juan.
No os dé temor, no os dé pena
Venir pobre; rico soy,
Mi casa, amigo, mi mesa,
Mis caballos, mis criados,
Mi honor, mi vida, mi hacienda,
Todo es vuestro. Consolaos
De que la fortuna os deja
Un amigo verdadero,
Y que no ha tenido fuerza
Contra vos, que no os quitó
Ese valor, que os alienta,
Esa alma, que os anima,
Y este brazo, que os defiende.
No me respondais, dejad
Las cortesanas finezas,
Entre amigos escusadas,
Y venid adonde sea
Testigo vuestra persona
De la dicha, que me espera;
Que hoy en Lisboa ha de entrar
Mi esposa, y estas tres leguas
De mar, para mí de fuego,
Hemos de venir con ella,
Que de esotra parte está
Sin duda.

Juan. Pues no pretenda
Con mi humildad deslucirse,
Don Lope, vuestra nobleza;
Porque el mundo, no la sangre,
Sino el vestido, respeta.

Lope. Ese es engaño del mundo,
Que no ve ni considera
Que al cuerpo le viste el oro,
Pero al alma la nobleza.
Venid conmigo. (Ap.) (Suspiros,
Ofreced viento á las velas,
Si es que en los mares del fuego
Bajeles de amor navegan.)

(Vanse los dos.)

Manr. Yo me quiero adelantar
En alguna barca destas,
Que llaman muletes, y hoy
Siendo cojo con muletas,
Pediré á mi nueva ama
Las albricias de que llega
Su esposo; que el primer día
Da las albricias cualquiera,
Porque sale de forzada,
Si es lo mismo que doncella. (Vase.)

Campo cercano á Aldea Gallega.

SALEN DON BERNARDINO, VIEJO, Y DOÑA
LEONOR Y SIRENA.

Bern. En la falda lisonjera
Deste monte coronado
De flores, donde ha llamado
A córtes la primavera,
Puedes descansar, en tanto,
Bella Leonor, que dichoso

Llega Don Lope tu esposo.
Y perdona al dulce llanto,
Aunque no es gran maravilla
Que con sentimiento igual,
A vista de Portugal
Te despidas de Castilla.

Leon. Ilustre Don Bernardino
De Almeida, mi tierno llanto
No es ingratitude á tanto
Honor como me previno
La suerte y la dicha mia.
Viendo tan cercano el bien,
Gusto ha sido; que tambien
Hay lágrimas de alegría.

Bern. Cuerdamente te disculpa
La discrecion lisonjera;
Y aunque por disculpa fuera
Te agradeciera la culpa.
Yo quiero dar mas lugar
A divertir la porfia
De aquesta melancolía.
Aquí puedes descansar,
Venciendo el rigor aquí
Del sol, que en sus rayos arde.
El cielo tu vida guarde. (Vase.)

DOÑA LEONOR, SIRENA.

Leon. ¿Fuése ya, Sirena?**Sir.** Si.**Leon.** ¿Oyenos álguien?**Sir.** Sospecho
Que estamos solas las dos.

Leon. Pues salga mi pena (¡ay Dios!)
De mi vida y de mi pecho;
Salga en lágrimas deshecho
El dolor que me provoca,
El fuego que al alma toca,
Remitiendo sus enojos
En lágrimas á los ojos,
Y en suspiros á la boca.
Y sin paz y sin sosiego
Todo lo abrasen veloces,
Pues son de fuego mis voces
Y mis lágrimas de fuego.
Abrasen, cuando navego
Tanto mar y viento tanto,
Mi vida y mi fuego cuanto
Consumo el fuego violento,
Pues mi voz es fuego y viento,
Mis lágrimas fuego y llanto.

Sir. ¿Qué dices, señora? Advierte
En tu peligro y tu honor.

Leon. ¿Tú que sabes mi dolor,
Tú que conoces mi muerte,
Me reportas desta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?

Sir. Tu inútil queja escuchando
Estoy.

Leon. ¡Ay Sirena! ¿cuándo
Son inútiles las quejas?
Quéjase una flor constante
Si el aura sus hojas hiere,
Cuando el sol caduco muere
En túmulos de diamante;
Quéjase un monte arrogante
De las injurias del viento,
Cuando le ofende violento;
Y el eco, ninfa vocal,
Quejándose de su mal,
Responde el último acento.

Quéjase, porque amar sabe,
Una hiedra, si perdió
El duro escollo, que amó;
Y con acento suave
Se queja una simple ave,
Del que la cogió á traicion,
Y en la dorada prision
Así aliviarse pretende;
Que al fin la queja se entiende,
Si se ignora la cancion.
Quéjase el mar á la tierra,
Cuando en lenguas de agua toca
Los labios de opuesta roca;
Quéjase el fuego, si encierra
Rayos, que al mundo hacen guerra:
¿Qué mucho pues que mi aliento
Se rinda al dolor violento,
Si se quejan monte, piedra,
Ave, flor, eco, sol, hiedra,
Tronco, rayo, mar y viento?

Sir. Si; mas ¿qué remedio así
Consigues desesperada?
¿Don Luis muerto, y tú casada,
Qué pretendes?

Leon. ¡Ay de mí!
Di, Sirena amiga, di,
Don Luis muerto, y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó,
Me verás en esta calma,
Sin gusto, sin sér, sin alma,
Muerta sí, casada no.
Lo que yo una vez amé,
Lo que una vez aprendí,
Podré perderlo, ¡ay de mí!
Olvidarlo no podré.
¿Olvido dónde hubo fe?
¡Miente amor! ¿Cómo se hallára
Burlada verdad tan clara?
Pues la que constante fuera,
No olvidára, si quisiera,
No quisiera, si olvidára.
Mira tú lo que sentí
Cuando su muerte escuché,
Pues forzada me casé
Solo por vengarme en mí;
Ya la vez última aquí
Se despida mi dolor.
Hasta las aras, amor,
Te acompañé; aquí te quedas,
Porque atreverte no puedas
A las aras del honor.

SALE MANRIQUE.

Manr. Dichoso yo, que he llegado,
Venturoso yo, que he sido,
Felice yo, que he venido,
Refelice yo, que he dado
El primero labio mio
A la estampa dese pié,
Que, lleno de flores, fué
Primavera del estío.
Y pues he llegado á vos,
Beso y vuelvo á rebesar
Cuanto se puede besar,
Sin ofender á mi Dios.

Leon. ¿Quién sois?

Manr. El menor criado
De Don Lope, mi señor;
Mas no el hablador menor,
Que veloz me he adelantado
Por albricias de que viene.

Leon. Descuido fué, bien decis,
Tomad. ¿Y de qué servis
A don Lope?

Manr. Hombre que tiene
Este humor ¿ya no os avisa
Que es gentilhomme su nombre?

Leon. ¿Y de qué sois gentilhomme?

Manr. De la boca de la risa.
Criado, á quien le prefieren
A los mayores cuidados,
Y es pendanga de criados,
Hecha del palo que quieren;
Cuando guardo, mayordomo;
Cuando algun vestido espero
De mi amo, camarero;
Maestresala, cuando tomo
Para mí el mejor bocado;
Secretario, poco amigo,
Cuando sus secretos digo;
Caballerizo estremado,
Cuando, por no andar á pié,
Con achaque de pasealle,
Salgo á caballo á la calle;
Cuando alguna cosa fué
Tal que se guarda de mí,
Soy entonces su veedor,
Y despues su contador;
Pues á todos desde allí
Lo cuento, á todos lo aviso;
Cuando hurto lo que quiero
De la plaza, repostero;
Dispensero, cuando siso;
Soy valiente, cuando huyo;
Y soy su cochero el día
Que sus amores me fia;
Y así claramente arguyo
Que soy por tan varios modos,
Sirviéndole siempre así,
Cada oficio de por sí,
Y murmurándole, todos.

(Hablan aparte Leonor y Sirena.)

SALEN DON BERNARDINO, DON LUIS
Y CELIO, CRIADO.

Luis. Soy mercader, y trato en los diamantes,
Que hoy son piedras, y rayos fueron antes
De sol, que perficiona é ilumina
Rústico grano en la abrasada mina.
Paso desde Lisboa hasta Castilla,
Y en esta aldea ví la maravilla
Del cielo, reducida en una dama,
Que acompañais; y luego de la fama
Supe, que va casada, ó á casarse.
Y como suele en todas emplearse
Este caudal mas bien, porque las bodas
En la gala y la joya empiezan todas,
Enseñaros quisiera algunas dellas,
Que no son mas lucentes las estrellas,
Por ver, si la ocasion con el deseo
Hacen en el camino algun empleo.

Bern. La prevencion y la advertencia ha sido
Acertada. A buen tiempo habeis venido,
Pues yo, por divertirla y alegrarla,
(Que está triste), una joya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero
A prevenirla.

Luis. Pues ahora quiero,
Que la lleveis, señor, para bastante
Prueba de mi verdad, este diamante;
(Dásele.)
Que, visto su valor y su escelencia,

No dudo yo, señor, que os dé licencia
De llegar á sus piés. (Apártase.)
Bern. ¡Es piedra rara!
¡Qué fondo! ¡qué caudal! ¡que limpia y clara!—
Aquí, divina Leonor,
Ha llegado un mercader,
En cuya mano has de ver
Joyas de grande valor,
Ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar;
Que yo te quiero feriar
Lo que te agradare dellas.
Este diamante, farol,
Que con luz hermosa y nueva,
Para su limpieza, prueba
Ser luciente hijo del sol,
Viene por testigo aquí.
Toma el diamante. (Dásele.)
Leon. ¿Qué veo? (Admírase.)
¡Cielos!
Bern. Dime...
Leon. Aun no lo creo. (Ap.)
Bern. Si ha de llegar.
Leon. ¡Ay de mí! (Aparte.)
Este diamante es el mismo...
Dile que llegue. — ¡Sirena!
(Sáqueme amor desta pena,
Deste encanto, deste abismo.)
Este diamante que ves,
Luz que con el sol la mides,
Dí á don Luis de Benavides,
Prenda mia y suya es.
O mis lágrimas me ciegan,
O es el mismo. Hoy sabré yo
Cómo á mis manos volvió.
Sir. Disimula, que ya llegan.
(Llega don Luis.)
Luis. Yo soy, hermosa señora...
Leon. Alma de la pena mia, (Aparte.)
Cuerpo de mi fantasía.
Sir. Disimula, y calla ahora; (Aparte.)
Que ya veo la razon
Que tienes para admirarte.
Luis. Yo soy, quien en esta parte
Piensa lograr la ocasion,
Habiendo á tiempo llegado,
En que pueda mi deseo
Hacer el felice empleo
Tantos años esperado.
Traigo joyas que vender
De innumerable riqueza;
Y entre otras una firmeza
Sé que os ha de parecer
Bien; porque della sospecho
Que adorne esa bizarría,
Si es que la firmeza mia
Llega á verse en vuestro pecho.
Un Cupido de diamantes
Traigo, de grande valor;
Que quise hacer al amor
Yo de piedras semejantes;
Porque, labrándole así,
Cuando alguno le culpase
De vario y fácil, le hallase
Firme solamente en mí.
Un corazon traigo, en quien
No hay piedra falsa ninguna;
Sortijas bellas, y en una
Unas memorias se ven.
Una esmeralda que habia,
Me hurtaron en el camino,
Por el color, imagino,

Que perfecto le tenia,
Estaba con un zafiro;
Mas la esmeralda llevaron
Solamente, y me dejaron
Esta azul piedra que miro;
Y así dije en mis desvelos:
«¿Cómo con tanta venganza
Me llevásteis la esperanza,
Para dejarme los zelos?»
Si gusta vuestra belleza,
Descubriré, por mas glorias,
El corazon, las memorias,
El amor y la firmeza.
Bern. El mercader es discreto.
¡Qué bien á las joyas bellas,
Para dar gusto de vellas,
Las fué aplicando su efeto!
Leon. Aunque vuestras joyas son
Tales como encareceis,
Para mostrarlas habeis
Llegado á mala ocasion.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
Contento hubiera tenido,
Si ántes hubiérais venido;
Pero habeis venido tarde.
¿Qué se dijera de mí,
Si, cuando casada soy,
Si, cuando esperando estoy
A mi noble esposo, aquí
Pusiera, no mi tristeza
Sino mi imaginacion,
En ver ese corazon,
Ese amor y esa firmeza?
No los mostreis; que no es bien
Que, tan sin tiempo miradas
Ahora, desestimadas
Memorias vuestras esten.
Y tomad vuestro diamante;
Que ya sé que pierdo en él
Una luz hermosa y fiel,
Al mismo sol semejante.
No culpeis la condicion
Que en mí tan esquivada hallásteis;
Culpaos á vos, que llegásteis
Sin tiempo y sin ocasion. (Ruido dentro.)
Manr. Ya don Lope, mi señor,
(Mirando adentro.)
Llega.
Luis. ¿Habrá en desdicha igual (Aparte.)
Mal, que compita á mi mal,
Ni dolor á mi dolor?
Leon. ¡Que veneno! (Aparte.)
Luis. ¿Qué crueldad! (Aparte.)
Bern. A recibirle lleguemos. (Vase.)
Manr. Callen todos, y escuchemos
La primera necedad;
Porque un novio, á quien le place
La dama, y á verla llega,
Como necedades juega,
Es tahir que dice y hace. (Vase.)
Luis. ¿Qué me podrás responder,
Muger tan fácil, liviana,
Mudable, inconstante y vana,
Y muger en fin, muger,
Que pueda satisfacer
A tu mudanza y tu olvido?
Leon. Haber tu muerte creído,
Haber tu vida llorado,
Causa á mi mudanza ha dado,
Que á mi olvido no ha podido;
Pues cuando te llevo á ver,
A no estar ya desposada,

Vieras hoy determinada,
Si soy mudable ó muger.
Desposéme por poder.
Luis. Y bien por poder se advierte:
Por poder borrar mi suerte,
Por poder dejarme en calma,
Por poder quitarme el alma,
Por poder darme la muerte.
Esta dices que creiste,
Y no fué vana apariencia,
Que si creiste mi ausencia,
Es lo mismo, bien dijiste.
Leon. No puedo, no puedo, ¡ay triste!
Responder; que está conmigo,
No mi esposo, mi enemigo.
Mas, porque me culpas fiel,
Lo que le dijere á él,
Tambien hablaré contigo.
(Retírase D. Luis á un lado.)
SALEN DON LOPE, DON BERNARDINO
Y MANRIQUE.
Lop. Cuando la fama en lenguas dilatada
Vuestra rara hermosura encarecia,
Por fe os amaba yo, por fe os tenia,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira suspensa y elevada
El alma que os amaba y os queria,
Culpa la imágen de su fantasía,
Que sois vista mayor que imaginada.
Vos sola á vos podeis acreditaros:
Dichoso aquel que llega á mereceros,
Y mas dichoso, si acertó á estimaros.
¿Mas cómo ha de olvidaros, ni ofenderos?
Que quien ántes de veros pudo amaros,
Mal os podrá olvidar despues de veros.
Leon. Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto, solo en vos estaba;
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor llega á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podeis quejaros;
Pues, aunque ya os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.
Lop. Ahora, tío y señor,
Me dad los invictos brazos.
Bern. Y serán eternos lazos
De deudo, amistad y amor.
Y porque no culpe ahora
La dilacion, á embarcar
Nos lleguemos.
Lop. Hoy el mar
Segunda Vénus adora.
Manr. Y pues que con tanta gloria
Dama y galan se han casado,
Perdonad, noble senado,
Que aquí se acaba la historia.
(Vanse, y quedan solos Don Luis y Celio.)
Cel. Señor, pues que desta suerte
Hallaste tu desengaño,
Vuelve en tí, repara el daño
De tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio,
Que tú debas elegir.
Luis. Sí hay, Celio.

Cel. ¿Cuál es?
Luis. Morir.
Que es el último remedio.
Muera yo, pues vi casada
A Leonor, pues que Leonor
Dejó burlado mi amor,
Y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
Si los zelos me han dejado
Con vida? Aunque mi cuidado
Me pretende consolar
Dándome alguna esperanza;
Pues cuando á su esposo habló,
Conmigo se disculpó
De su olvido y su mudanza.
Cel. ¿Cómo disculpar contigo?
Luis. A mil locuras te pones.
Estas fueron sus razones,
Mira, si hablaban conmigo.
«Yo me firmé rendida ántes que os viese,
Y vivo y muerto, solo en vos estaba;
Porque sola una sombra vuestra amaba;
Pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese
Amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda comun así pagaba
La vida, cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo, cuando temeroso
Y cobarde mi amor llega á miraros,
Si no pago un amor tan generoso.
De vos, y no de mí, podeis quejaros;
Pues, aunque yo os estime como á esposo,
Es imposible, como sois, amaros.»
Y puesto que así me ha dado
Disculpa de su mudanza,
Sea mi loca esperanza
Veneno y puñal dorado.
Si ha de matarme el dolor,
Mejor es el gusto, ¡cielos!
Y si he de morir de zelos,
Mejor es morir de amor.
Siga mi suerte atrevida
Su fin contra tanto honor,
Porque he de amar á Leonor,
Aunque me cueste la vida.

JORNADA II.

Sala en casa de Don Lope, en Lisboa.

SALEN SIRENA Y MANRIQUE.

Manr. Sirena de mis entrañas,
Que, para aumentar mi pena,
Eres la misma Sirena,
Pues enamoras y engañas:
Duélate ver el rigor
Con que tratas mis cuidados;
Que tambien á los criados
Hiere de barato amor.
Dame un favor de tu mano.
Sir. ¿Pues qué puedo darte yo?
Manr. Mucho puedes; pero no
Quiero bien mas soberano,
Que aqueso verde liston,
Con que yaces declarada
Por dama de la lazada,
O fregona del tuson.

Sir. ¿Una cinta quieres?
Manr. Sí.
Sir. Ya aquese tiempo pasó,
 Que un galan se contentó
 Con una cinta.
Manr. Es así;
 Pero si yo la tuviera,
 Desparramando concetos,
 Mil y ciento y un sonetos
 Hoy en tu alabanza hiciera.
Sir. Por verme tan soneteada,
 Te la doy, y vete ahora,
 Porque viene mi señora. (Vase Manrique.)

SALE LEONOR.

Leon. Ya vuelvo determinada.
 Esto, Sirena, es forzoso;
 Declárese mi rigor,
 Porque mi vida y mi honor
 Ya no es mía, es de mi esposo.
 Dile á Don Luis, que pues es
 Principal, noble y honrado,
 Por español y soldado,
 Obligado á ser cortés,
 Que una muger, no Leonor,
 (Porque le basta saber
 A un noble, que una muger)
 Le suplica que su amor
 Olvide; que maravilla
 Cuidado en la calle tal,
 Y no sufre Portugal
 Galanteos de Castilla;
 Que con lágrimas bañada
 Vuelvo á pedirle se vuelva
 A Castilla, y se resuelva
 A no hacerme mal casada;
 Porque fiera y ofendida,
 Si no lo hace, ¡vive Dios!
 Que podrá ser que á los dos
 Nos venga á costar la vida.
Sir. Desafortuna lo diré,
 Si puedo verle y hablalle.
Leon. ¿Cuándo falta de la calle?
 Mas no hables en ella, ve
 A buscarle á la posada.
Sir. Mucho, señora, te atreves. (Vase.)

SALEN DON LOPE, DON JUAN Y MANRIQUE.

Lop. ¡Ay honor, mucho me debes! (Aparte.)
Juan. Ya se acerca la jornada.
Lop. No queda en toda Lisboa
 Fidalgo ni caballero,
 Que ser no piense el primero
 Que merezca eterna loa
 Con su muerte.
Manr. Justo es;
 Mas no pienso desafortuna
 Tener yo loa en mi muerte,
 Ni comedia ni entremes.
Lop. ¿Luego tú no piensas ir
 Al Africa?
Manr. Podrá ser
 Que vaya; mas será á ver,
 Por tener mas que decir,
 No á matar, quebrando en vano
 La ley en que vivo y creo;
 Pues allí explicar no veo
 Que sea moro ni cristiano.
 No matar, dice. Y los dos
 Esto me vereis guardar;

Que yo no he de interpretar
 Los mandamientos de Dios.
Lop. ¡Mi Leonor!
Leon. ¡Esposo mio!
 ¿Vos tanto tiempo sin verme?
 Quejoso vive el amor
 De los instantes que pierde.
Lop. ¡Que castellana que estáis!
 Cesen las lisonjas, cesen
 Las repetidas finezas.
 Mirad que los portugueses
 Al sentimiento dejamos
 La razon; porque el que quiere,
 Todo lo que dice quita
 De valor á lo que siente.
 Si en vos es ciego el amor,
 En mí es mudo.

Manr. Y desafortuna
 En mí endemoniado ha sido.

Lop. Siempre, Manrique, parece,
 Que al paso que yo estoy triste,
 Tú estás contento y alegre.

Manr. Y dime, ¿cuál es mejor
 En pasiones diferentes,
 La alegría ó la tristeza?

Lop. La alegría.

Manr. Pues ¿qué quieres?

¿Que deje yo lo mejor
 Por lo peor? Tú, que tienes
 La tristeza, que es la mala,
 Eres quien mudarte debes,
 Y pasarte á la alegría;
 Pues será mas conveniente,
 Que el ir yo de alegre á triste,
 Venir tú de triste á alegre. (Vase.)

Leon. ¿Vos estáis triste, señor?
 Muy poco mi pecho os debe,
 O yo le debo muy poco,
 Pues vuestro dolor no siente.

Lop. Forzosas obligaciones,
 Heredadas dignamente
 Con la sangre, á quien obligan
 Divinas y humanas leyes,
 Me dan voces y recuerdan
 Desta blanda paz y deste
 Olvido, en que yacen hoy
 Mis heredados laureles.

El famoso Sebastian,
 Nuestro rey, que viva siempre,
 Heredero de los siglos
 A la imitacion del fénix,
 Hoy al Africa hace guerra.
 No hay caballero que quede
 En Portugal; que á las voces
 De la fama nadie duerme.
 Quisíerale acompañar
 A la jornada; y por verme
 Casado, no me he ofrecido
 Hasta que licencia lleve
 De tu boca, Leonor mía.
 Esta merced has de hacerme,
 En este caso has de honrarme,
 Y este gusto he de deberte.

Leon. Bien con esas prevenciones
 Fué menester que me hicieseis
 Oraciones que me animen,
 Y discursos que me alienten.
 Vos ausente, dueño mio,
 Y por mi consejo ausente,
 Fuera pronunciar yo misma
 La sentencia de mi muerte.
 Idos vos sin que lo diga

Mi lengua; pues que no puede
 Negaros la voluntad,
 Lo que la vida os concede.
 Mas porque veais que estimo
 Vuestra inclinacion valiente,
 Ya no quiero que el amor
 Sino el valor me aconseje.
 Servid hoy á Sebastian,
 Cuya vida el cielo aumente;
 Que es la sangre de los nobles
 Patrimonio de los reyes.
 Que no quiero que se diga
 Que las cobardes mugeres
 Quitar el valor á un hombre,
 Cuando es razon que le aumenten.
 Esto el alma os aconseja,
 Aunque como el alma os quiere;
 Mas como agena lo dice,
 Si como propia lo siente. (Vase.)

Lop. ¿Habeis visto en vuestra vida
 Igual valor?

Juan. Dignamente
 Es bien que lenguas y plumas
 De la fama la celebren.

Lop. Y vos ¿qué me aconsejais?

Juan. Yo, Don Lope, de otra suerte
 Os respondiera.

Lop. Decid.

Juan. Quien ya colgó los laureles
 De Marte, y en blanda paz
 Ciñe de palma las sienas,
 ¿Para qué otra vez, decidme,
 Ha de limpiar los pavese
 Tomados de orin y polvo
 En que hora yacen y duermen?
 Yo fuera justo que fuera,
 A no estar por esta muerte
 Retirado y escondido;
 Y no es razon ofrecirme,
 Porque á los ojos del rey
 Llega mal un delincuente.
 Si esto me disculpa á mí,
 Bastante disculpa tiene
 Quien soldado fué soldado.
 No os vais, amigo (y creedme),
 Aunque un hombre os acobarde,
 Y una muger os aliente. (Vase.)

Lop. ¿Válgame Dios, quién pudiera
 Aconsejarse prudente,
 Si en la ocasion hay alguno
 Que á sí mismo se aconseje!
 ¿Quién hiciera de sí otra
 Mitad, con quien él pudiese
 Descansar? Pero mal digo:
 ¿Quién hiciera cuerdamente
 De sí mismo otra mitad,
 Porque en partes diferentes
 Pudiera la voz quejarse,
 Sin que el pecho lo supiese?
 ¿Pudiera sentir el pecho,
 Sin que la voz lo dijese!
 ¿Pudiera yo, sin que yo
 Llegara á oirme ni á verme,
 Conmigo mismo culparme,
 Y conmigo defenderme!
 Porque unas veces cobarde,
 Como atrevido otras veces,
 Tengo vergüenza de mí.
 ¿Qué tal diga! qué tal piense!
 ¿Qué tenga el honor mil ojos
 Para ver lo que le pese,
 Mil oídos para oirlo,

Y una lengua solamente
 Para quejarse de todo!
 Fuera todo lenguas, fuese
 Nada oídos, nada ojos,
 Porque oprimido de verse
 Guardado, no rompa el pecho,
 Y como mina reviente.
 Ahora bien, fuerza es quejarme;
 Mas no sé por dónde empiece;
 Que, como en guerra y en paz
 Viví tan honrado siempre,
 Para quejarme ofendido,
 No es mucho que no aprendiese
 Razones; porque ninguno
 Previno lo que no teme.
 ¿Osará decir la lengua
 Qué tengo?... Lengua, detente,
 No pronuncies, no articules
 Mi afrenta; que si me ofendes,
 Podrá ser que castigada,
 Con mi vida ó con mi muerte,
 Siendo ofensor y ofendido,
 Yo me agravie, y yo me vengue.
 No digas, que tengo celos...
 Ya lo dije, ya no puede
 Volverse al pecho la voz.
 ¿Posible es que tal dijese,
 Sin que, desde el corazon
 Al labio, consuma y quemé
 El pecho este aliento, esta
 Respiracion fácil, este
 Veneno infame, de todos
 Tan distinto y diferente,
 Que otros desde el labio al pecho
 Hacer sus efectos suelen,
 Y éste desde el pecho al labio?
 ¿A qué áspid, á qué serpiente
 Mató su propio veneno?
 A mí, ¡cielos! solamente,
 Porque quiere mi dolor,
 Que él me mate, y yo le engendre.
 Celos tengo, ya lo dije.
 ¡Válgame Dios! ¿Quién es este
 Caballero castellano,
 Que á mis puertas, á mis redes
 Y á mis umbrales clavado,
 Estatua viva parece?
 En la calle, en la visita,
 En la iglesia atentamente
 Es girasol de mi honor,
 Bebiendo sus rayos siempre.
 ¡Válgame Dios! ¿Qué será
 Darne Leonor fácilmente
 Licencia para ausentarme,
 Y con un semblante alegre,
 No solo darne licencia,
 Sino decirme y hacerme
 Discursos tales, que aun ellos
 Me obligaran á que fuese,
 Cuando yo no lo intentara?
 Y ¿qué será finalmente
 Decirme Don Juan de Silva,
 Que ni me vaya ni ausente?
 ¿En mas razon no estuviera
 Que aquí mudados viniesen
 De mi amigo y de mi esposa
 Consejos y pareceres?
 ¿No fuera mejor, si fuera
 Que se mudaran las suertes,
 Y que Don Juan me animase,
 Y Leonor me detuviese?
 Si, mejor fuera, mejor.